

Y sin embargo, nos echamos a la mar¹

Venimos de mil caminos, movidas por urgencias y dolores profundos, cargadas de razones y de realidades, de ilusión, de determinación y de esperanza. Respondemos un llamado antiguo por la justicia y la dignidad, una pulsión vital, que se reviste cada día de nuevas formas y voces.

Es enorme la responsabilidad que sentimos. No podemos dejarnos llevar a la deriva, en nuestro nombre, en el de quienes ya no están, en el de quienes vendrán. Sabemos que es mucha nuestra fuerza, juntas podemos ser capaces de cambiar el rumbo de la historia.

A pesar de nuestra energía colectiva, no estamos en estos momentos generando respuestas contundentes que reviertan la desolación, las violencias y desigualdades, la injusticia y la obscenidad con la que estas se han instalado en nuestras sociedades. No es casualidad. Nos separan demasiadas fronteras, reales y simbólicas. Nos fragmentamos en demasiadas acciones. Nos frenan la precariedad, la enfermedad, el hambre. Nos inmoviliza el miedo y la soledad.

La crisis y el terrorismo están sirviendo como excusa para legitimar autoritarismos que vacían las democracias, para recortar derechos fundamentales, para limitar nuestras vidas. Este retroceso abismal se está dando en todo el planeta, aunque es evidente que hay personas, colectivos, comunidades y países que lo sufren más que otras.

Asistimos a recortes de políticas básicas (en salud, vivienda, energía, educación, alimentación...) en nombre de deudas ilegítimas. Los Estados restringen cada vez más la movilidad de las personas migrantes y refugiadas, provocando cada vez más muertes en nuestras fronteras y ciudades. Se recrudecen las violencias, especialmente contra las mujeres y la infancia. Crece el negocio de la guerra y la trata de personas. Los cuerpos de mujeres y niñas continúan siendo campos de batalla: aún no está asegurada la autonomía sobre nuestros cuerpos y deseos. Se desbordan y agotan el planeta y los ecosistemas. Las democracias se debilitan ante el auge de los fascismos. Vivimos situaciones muy graves de precariedad y subsistencia. Nos explotan en el uso de nuestros tiempos y nuestros trabajos para sostener nuestras sociedades, trabajo que mayoritariamente realizan las mujeres. Aumentan las desigualdades. Tenemos al mando a gobiernos y empresas corruptos.

Todas estas son expresiones de lo mismo: un modelo insostenible que desprecia la vida en favor de maximizar el beneficio de una minoría.

Estamos aquí en Málaga para afirmar que, y sin embargo, nos movemos, nos echamos a la mar. Hoy recuperamos nuestra mar, una mar convertida, por las élites económicas y políticas, en una creciente y dolorosa fosa común, en terreno para la devastación de ecosistemas marinos y costeros.

Hoy nos echamos a la mar, a nuestra mar, para conectar orillas, culturas y sueños. Para acercar pueblos. Salimos de nuestras islas de luchas y privilegios, de nuestras viejas formas de hacer, para ser y fundirnos con la mar que nos une. Queremos una mar para el encuentro, no para la muerte.

¹ Las personas, organizaciones y entidades diversas que organizamos Islas Encendidas lanzamos estas líneas de inspiración en el cierre del encuentro, para contar nuestra motivación y ganas de seguir. No se trata ni pretende ser un texto consensuado fruto del encuentro.

No podemos, no vamos a permanecer impasibles en esta encrucijada. No hay tiempo que perder. Tampoco lo haremos en solitario. Sabemos que son muchas y vitales las conexiones que unen nuestras luchas y relatos. Nos movemos, juntas, porque, desde nuestra diversidad y diferencias, miramos hacia un futuro común.

En estos dos días, las más de 300 personas y 120 colectivos que hemos participado en el encuentro estatal Islas Encendidas, hemos conocido múltiples alternativas y movimientos que ya están abriendo posibilidades en todos los ámbitos, creando redes de solidaridad y respuesta.

Volvemos a nuestros barrios, a nuestros pueblos y ciudades, a nuestras militancias, a nuestros hogares, con un sentir compartido y con una brújula para orientar y fortalecer nuestra acción conjunta.

Salimos de este encuentro con el reto de salir de nuestras islas. Imaginamos, ciertos ejes y líneas, grosso modo, que pueden guiarnos para marcar un cambio de rumbo profundo. Estas líneas no pueden ser consideradas como independientes entre sí. Están profundamente interconectadas:

- 1. Los cuidados en el centro.** Apostamos por una escala de valores que ponga en el centro el cuidado de las personas y del planeta. Esta apuesta ha de permear y orientar las relaciones personales, la convivencia, nuestras culturas, la política, la economía, etcétera. Una ética de los cuidados que signifique escucha y reconocimiento en la diversidad y en la interdependencia, empatía, una cultura de paz frente a discursos securitarios, reciprocidad y corresponsabilidad, transparencia, austeridad en el plano material y sentido de comunidad (la cercana y la global).
- 2. El poder de la gente.** Es esencial un modelo de soberanía ciudadana, de resignificación de la democracia, donde las decisiones que marcan nuestra vida en común procedan de abajo, de la voz y la realidad de las mayorías sociales y las minorías excluidas, con criterios de equidad y justicia. Para ello, serán vitales la cultura y ejercicio real de nuestro derecho a la información y comunicación, a la participación y articulación, y a la libertad de expresión.
- 3. La dignidad compartida.** Nuestras políticas públicas deben garantizar derechos fundamentales que posibilitan una vida digna, para todas. Es posible, viable y urgente. No podemos ni debemos renunciar a la vivienda, la salud, la educación, la atención a la dependencia y a la diversidad funcional, la energía, la justicia, el empleo y la renta, la alimentación, el entorno. Esa vida digna no será posible tampoco sin el derecho a la autonomía personal, a vivir con libertad la diversidad de nuestros cuerpos y deseos, sin que se garantice una vida libre de imposiciones y violencias. Y todo ello, de una forma digna, sostenible, sostenido colectivamente, con corresponsabilidad y proporcionalidad.
- 4. La tierra habitada.** El cambio de rumbo que soñamos pasa por ciudades, pueblos y campos que, desde hoy, sean espacios de transición hacia modelos sostenibles, incluyentes, soberanos, participados por sus gentes, lugares seguros para todas las personas y libres de violencias machistas. Espacios que faciliten los cuidados y la convivencia, lugares de acogida. Municipios y regiones deben ser protagonistas de estas transformaciones. Deben impulsar soluciones en ámbitos como energía, agua, aire y suelos, transporte, alimentación, urbanismo, identidad cultural,

turismo, vivienda, entre otros. Y deben hacerlo desde la proximidad, la participación, la igualdad, la equidad y la sostenibilidad.

5. **La vida sostenible.** La casa que compartimos es global y finita, y está agotada. Es urgente iniciar una transformación profunda del modelo energético, alimentario y productivo, del transporte y del consumo de bienes y servicios, de los trabajos y los empleos, para que sean acordes a las capacidades y límites de planeta, para proteger la biodiversidad y reducir nuestra huella ecológica. Es urgente acelerar la mitigación y adaptación al cambio climático, especialmente en las zonas más empobrecidas y vulnerables.
6. **La economía al servicio de las personas y del planeta.** Es necesario cambiar nuestra escala de valores y prioridades y redefinir qué es la economía y el progreso, su orientación y rol, dejar de ser fin al servicio de élites para ser medio al servicio de la mayoría. Para ello ha de darse una reorganización de los trabajos para priorizar y redistribuir los de cuidados y los que contribuyen al bienestar social, la equidad social y territorial, y la sostenibilidad. Necesitamos una fiscalidad justa y unas finanzas éticas, que sostengan las prioridades sociales. Necesitamos un modelo que tenga en el corazón propuestas de economía feminista, ecológica y social.

Estas son coordenadas que podrán impulsar y guiar nuestro caminar. Nuestra acción será diversa, autónoma, no sujeta a una plataforma o estructura, ni a un decálogo único o una agenda homogeneizante. Es una acción que invita a cambiar nuestra acción, a reconocernos en nuestros contextos, a encontrar y conectarnos a alternativas y soluciones más transformadoras, a entretajernos.

El cambio de rumbo que soñamos solo será viable si lo ponemos en marcha como sociedad, sobre los pilares de una democracia real y un poder compartido. En el camino, seguirán emergiendo resistencias y fronteras crueles, que quieran aislarnos y acorralarnos, o desviar nuestra mirada. Hoy decimos que, sin embargo, nos movemos. Sin embargo, nos echamos a la mar. Una mar para el encuentro.

Málaga, 21 de octubre de 2018